

# SOÑAR LO SUFICIENTE



*A veces de lo que se trata  
es de saber recoger los pedacitos*







Dra. Sandra  
Trabat...

*Sandra Rodríguez*

**H**ay gente tan pobre que solamente tiene plata y otros que sin andar buscando en medio de los andrajos de su ropa encuentran sin quererlo y sin andar buscando, tesoros imborrables porque muchas veces no importa el tamaño de los rotos sino la calidad de los remiendos.

Y es que andar abandonado a su suerte de habitante de la calle, perdido en medio de las frías noches de una ciudad que nunca duerme y poco perdona, no suele ser una buena descripción de un hombre con buena estrella. Que lo atropelle un carro, mucho menos. Sin embargo, para Ramón Ignacio Abella, una serie de eventos desafortunados, fueron el principio de su buena fortuna.

Su historia se perdió en los confines del tiempo y los avatares propios de la pobreza y la miseria que un día lo dejaron en las puertas mismas del infierno de la calle, sin más equipaje que su ropa, su miedo y su hambre. Así fue acumulando días y mugre, cobijas rotas y zapatos tres tallas más grandes.

Una noche cualquiera tuvo la mala fortuna de ser atropellado por un carro en alguna calle oscura. Hubiera podido ser una cifra más, pero alguien lo recogió y lo puso en las puertas de urgencias del **Hospital Universitario**

**Mayor de Méderi**, al que llegó con vida pero con pocas esperanzas. El personal médico lo atendió y quedó internado con una fractura en la pierna. Y ahí puede decirse que la vida empezó a sonreírle porque hasta ese momento, él estaba condenado a volver a caminar las calles buscando un refugio para los fríos de la noche.

Sandra Rodríguez, es trabajadora social de **Méderi** desde hace cinco años. Por su trabajo, convive a diario con el drama y de alguna manera, termina convertida en ese ser que escucha, que calma, que tranquiliza, que apoya, que da paz y un poco de sosiego a quien se acerca.

Ese día, como siempre, hizo sus rondas y el destino quiso que se encontrara de frente con Ramón, un viejito cascado por la vida, que como en la canción de Piero, *tenía la tristeza larga de tanto venir andando*. En realidad, no era un caso atípico o especial porque a diario ella se enfrenta con este tipo de situaciones. *“Todos los casos que nos llegan están cercanos al drama. Yo he aprendido a manejarlo y por eso, dejo todo aquí en el hospital a las 6 de la tarde cuando me voy para la casa. En este proceso hay que valorar a todas las personas que intervienen con el paciente, sin esperar nada a cambio”*. En estos casos, el trámite es estándar: llamar a la Secretaría de Integración Social para certificarlo como habitante de calle, a la Registraduría para el trámite de cedula y que quede adscrito al sistema de salud. Así se hizo.

Ramoncito, como ella lo llama, tenía un problema adicional. Por su condición física, requería de un tutor para estabilizarle su rodilla, por lo que se hacía indispensable un juego de muletas. Sandra, luego de múltiples gestiones, de muchas vueltas y revueltas, de muchas llamadas sin respuesta, logró que el área de Pastoral Social del hospital le regalara las muletas.

En el piso de hospitalización, Ramoncito empezó a ganarse a todo el mundo a punta de ternura y de sonrisas. Se convirtió en esa especie de abuelito por el que todos se preocupan y al que todo el mundo quiere. Poco a poco, su mejoría fue notoria, lo que paradójicamente lo puso de nuevo en una situación difícil: ¿dónde vivir?. Por su condición física, era imposible que lo aceptaran en una de las instituciones del Distrito creadas para tal fin, ya que requieren que los pacientes estén plenamente funcionales. Los hogares de paso tampoco eran una opción porque en esa ruleta de la suerte fácilmente podría quedar de nuevo en la calle. Y obviamente no podía quedarse de manera indefinida en las instalaciones del hospital.

Sandra había seguido los procedimientos indicados para este tipo de casos, pero algo la impulsó a hacer un poco más. Empezó a buscar por internet, por los pasillos, por

sus grupos de *Whatsapp*, alguna institución que recibiera a su Ramón. Como el afecto a la larga surte efecto, encontró una fundación, que finalmente lo acogió.

Hoy, de alguna manera, Ramón es un hombre afortunado. A sus 67 años encontró un refugio donde pasar con tranquilidad el resto de sus días. Tal vez sin ese malhadado accidente no hubiera conocido a Sandra y de no ser por ella, tal vez estaría dando vueltas por las calles, huyéndole a los peligros de la noche y el hambre en las mañanas.



